

MEMORIAS DEL VERANO DEL 99



Silencio. Eso es lo que me rodea ahora mismo. Un silencio agobiante y cortante que te rodea y casi no te deja ni respirar. Miro, detenidamente, a las personas a mi alrededor, intentando detectar algún indicio de incomodidad. Todos los congregados no muestran ninguna emoción, tan sólo están esperando a que este asunto se termine para poder

volver a sus monótonas vidas. Desvío mi mirada hacia la ventana situada a mi derecha. Las gotas de agua comienzan a golpear dicha ventana, siendo lo único que se escucha en esta sala. No debería sorprenderme la lluvia, las tormentas de verano son muy comunes en esta época del año. El reloj de la habitación indica que son las doce en punto de la mañana. Dejo de mirar por la ventana y me siento correctamente en mi asiento. Esto va a comenzar enseguida y, cuanto antes empiece, antes acabará. No suelo ser una persona muy impaciente, pero ahora mismo siento la necesidad de levantarme y preguntar en voz alta el motivo de la espera. Para ahogar este impulso, empiezo a golpear mis uñas contra el brazo de mi asiento. La señora sentada a mi lado me dirige una mirada de desagrado ante el ruido, pero yo la ignoro completamente. Prefiero aguantar una mala mirada a tener una crisis nerviosa delante de tantos desconocidos. La desconocida está a punto de llamarme la atención cuando la puerta de la sala se abre y empiezan a entrar personas a las salas. Evitar observar a la multitud recién llegada se vuelve una misión imposible, cuando tengo la sensación de que alguien me está mirando fijamente. Vuelvo la cabeza hacia esa dirección y me arrepiento al instante de mi acción. Un par de ojos grises me observan detenidamente. Conozco demasiado bien esa mirada y a la persona que me la dirige. Dejo de mirarle, pero sigo sintiendo su mirada sobre mí. Todas las personas presentes se sientan cuando el juez llega a la sala. El juicio empieza y lo único en lo que soy capaz de pensar es en él, en el momento en el que le conocí y en el momento en el que se torció todo...



24 de junio de 1999. Primer día de verano. No sé qué me va a deparar durante estas vacaciones. Mis padres han decidido mandarme a un pueblo del que no recuerdo el nombre para pasar todo el verano. Según ellos, me estoy volviendo una persona demasiado cerrada y para mi propio bien creen que necesito pasar tiempo con gente de mi edad. Esto me parece una auténtica tontería. No necesito pasar el rato con personas con una madurez y estabilidad emocional equivalente a la de críos de cinco años. Mis padres, conociéndome, me dijeron que o iba al pueblucho ese o no me dejaban estudiar en Londres el año siguiente. Tuve bastante claro qué escoger.



Y aquí estoy yo, Eva Martínez, en un pueblo perdido de los Pirineos. Me definiría a mí misma como una chica estándar de dieciocho años. Tengo el pelo castaño oscuro, ojos marrones y quiero llegar a ser escritora profesional. Mis padres me han dejado hace cuatro horas en la pensión que se va a convertir en mi hogar durante estas vacaciones. La dueña de la pensión, una señora de unos sesenta años que ha insistido que la llame doña Sol, me ha explicado las zonas más importantes del pueblo y el bosque que lo rodea. No sé, exactamente, qué hacer, así que decido ir al único bar que doña Sol me ha dicho que hay. Entro y lo primero que veo es un futbolín en medio del bar. Tres chicos están jugando con él, mientras dos chicas están echando una partida de cartas. El resto del bar está vacío. Parece ser que me he metido en el bar de la juventud. Me acerco a la barra y pido un té helado. El camarero me mira despectivamente y me dice que no venden esas cursilerías. Decido pedir un zumo de piña. El camarero me lo saca y me dice que me siente donde quiera. Me siento en una mesa al lado de una ventana y me dedico a observar la decoración del bar. Una de las chicas de las cartas se acerca.

- ¡Hola! - dice la muchacha. Es una chica alta, esbelta, de ojos azules y pelo pelirrojo -. Me llamo Alejandra. Veo que eres la nueva huésped de doña Sol. Vente conmigo y con mis amigos y así no estás sola. Porque, créeme, pasar el verano sola en este pueblo vuelve loco a cualquiera.

Sigo a Alejandra hacia sus amigos. Voy a intentar socializar y, si no me caen bien, no les volveré a hablar. Al llegar a la mesa, me doy cuenta de que todos me miran fijamente. Alejandra me empieza a presentar a su grupo de amigos.

- Chicos, ella es...

- Me llamo Eva - interrumpo a la pelirroja al ver que no se sabe mi nombre.

- Vale, ella es Eva. Eva, éstos de aquí son mis amigos. El pelirrojo de la izquierda es mi mellizo Andrés, el rubio con gafas es David, Raquel es la chica morena con mechchas blancas y el chico de pelo negro es Marcos.

Tras la presentación de Alejandra me pongo a jugar con ellos al fútbol y a las cartas. Estoy toda la tarde con ellos y, tengo que admitirlo, no me importaría pasar el verano siendo su amiga. Eso sí, el chico pelinegro no dejaba de mirarme. No se me va a olvidar nunca la sensación de tener esos ojos grises observando y analizando detenidamente.

Me siento incapaz de volver a mirar a Marcos a la cara. A veces, pienso que todo hubiera sido más fácil si Alejandra no me hubiera presentado a todos los chicos. Prefiero recordar los momentos que vivimos durante el verano que prestar atención a lo que se está diciendo en el juicio. Para mí, recordar el pasado es mejor que afrontar el presente.

Hoy es 15 de julio. Llevo casi un mes en el pueblo y, sinceramente, no creía que iba a pasármelo tan bien. Los chicos son muy majos y me están incluyendo en todas las actividades que hacen. A lo largo de este mes he descubierto muchas cosas sobre ellos: Alejandra quiere ser bailarina profesional de ballet; David tiene el sueño de encontrar la solución para erradicar todas las enfermedades mortales; Andrés tiene el objetivo de convertirse en un actor famoso y vivir a cuerpo de rey; Raquel hace bocetos de ropa en su tiempo libre y su objetivo es trabajar en la ciudad de la moda. Yo les he contado mi sueño de ser escritora y me han pedido que escriba una novela sobre nuestra amistad y lo que hacemos durante el verano. Eso sí, del que no sé nada es de Marcos. Es un chaval muy esquivo, no habla casi de sí mismo, no interviene mucha en las conversaciones y muchas veces se ausenta de las quedadas que hacemos. Además, tengo la sensación de que siempre me está observando.

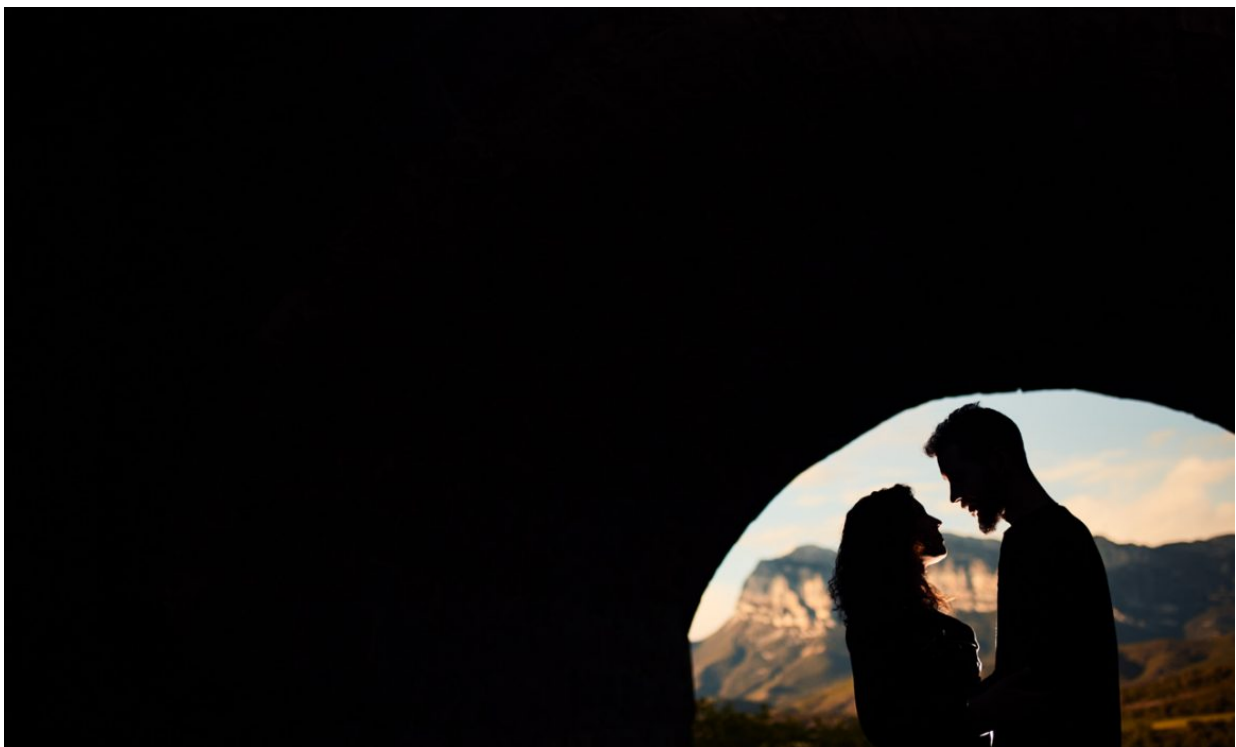


Vale, definitivamente Marcos me descoloca. Casi no me ha hablado en todo el tiempo que llevo aquí y ahora se ha ofrecido a ayudarme con la novela. Me ha sorprendido mucho su iniciativa, pero no he declinado su oferta y le he dejado participar. Al final del día me he

dado cuenta de que na ha sido mala idea dejarle intervenir. Me ha contado más detalles sobre los clicos, anécdotas vergonzosas, y hasta me ha dado un nombre para la historia: "Memorias del verano del 99". No se lo he admitido, pero me gusta bastante el título.

Hoy es 28 de julio. Estamos en el bosque que rodea al pueblo descansando de la excursión de esta mañana. Hoy no puedo estar muy contenta. He recibido una carta de mis padres diciendo que el 31 de agosto volvía a casa. No quiero irme de este pueblo, me lo estoy pasando muy bien. Marcos, al verme pensativa, se acerca. Una cosa que ha cambiado mucho es mi relación con él. Hemos pasado de no hablarnos nada a hacer prácticamente todo juntos. Tengo claro que es al que más voy a echar de menos. De repente, me doy cuenta de que estamos los dos solos. Iba a preguntarle a dónde se han ido los demás cuando Marcos se acerca y me besa...

Mi primer beso con él es uno de mis recuerdos más bonitos. A pesar de que al principio casi no supe reaccionar, fue un momento muy especial. Aún recuerdo cómo me quedé, en blanco, después del beso y casi huyo despavorida. Me alegro de no haber huido. Vuelvo a mirar al estrado y veo al abogado de Marcos intentando defenderlo. Él me sonríe y, por un momento, tengo la sensación de estar en el bosque donde nos besamos por primera vez.



Me queda una semana para irme del pueblo y estas últimas han sido las mejores de mí vida. Aún no me he ido y ya los echo de menos. Y no voy a mencionar a Marcos. Tengo claro que voy a llorar cuando me despida de él. Estos días con él han sido increíbles. Sí, estamos saliendo y no he sido más feliz en toda mi vida. Sé que, cuando se acabe el verano, romperemos. Las relaciones a distancia nunca funcionan, y menos cuando yo estoy fuera del país y él sigue en este pueblo. Lo que no he conseguido es que me diga qué hace cuando se va del pueblo sin decírselo a nadie. A mí me ha dicho que no me preocupe, que no es nada importante. Hoy

me ha dicho que tiene una sorpresa para mí, que me la dará mañana. No sé qué puede ser, pero, por su cara, será algo que me va a gustar.

Me despierta una sirena de un coche a las cinco de la mañana. Los vecinos del pueblo salen asustados de sus casas. Salgo de la pensión en pijama y veo que están arrestando a alguien. No puedo distinguir quién es. Alejandra viene corriendo hacia mí y me pide disculpas. No entiendo a qué se refiere. Oigo las palabras de la policía que se me quedarán grabadas en la mente durante mucho tiempo: "Marcos Blanco, quedas detenido por tráfico de drogas." No soy capaz de digerir la información. Cuando levantan al detenido para meterlo al coche, me doy cuenta de que sí, es Marcos. Mi novio está siendo arrestado por traficar con drogas. Antes de entrar en el coche de policía, deja caer el regalo que me había preparado. No sé porqué, pero lo cojo y lo abro. Es un collar con su inicial. Al verlo, empiezo a llorar. Los chicos me consuelan, pero ninguno de ellos consigue calmarme.

Jugueteo con la M del collar que llevo puesto. No puedo parar de pensar en esa noche. De repente, oigo una palabra que me hiela la piel: culpable. El juez ha declarado culpable a Marcos y lo va a mandar a la cárcel. Pensaba que estaba preparada para esto, pero me doy cuenta de que no era así. En el fondo, quería que lo declarasen inocente. Sé que lo que hizo está mal y se merece esta sentencia, pero no quiero que pase años entre rejas. La gente empieza a salir de la sala y yo me veo incapaz de levantarme del asiento. No me puedo creer que vaya a ir a la cárcel. Los que le escoltan me piden que salga de la sala. Para irme tengo que pasar por delante del estrado, donde está Marcos. Paso por delante cuando le oigo decirme dos palabras: "Lo siento". Me paro en seco, me giro hacia él y le respondo, sabiendo que va a ser la última vez que hable con él.

-Lo sé. Sé que lo sientes. Y sé que no debería, pero te perdono.

- ¿Por qué me perdonas? Te mentí acerca de mis chanchullos. Me tendrías que odiar.

-No quiero que vayas a la cárcel sin haber hablado contigo antes. Al principio sí que te odiaba, pero no me duró mucho el enfado -admito sinceramente-.

Por cierto, he acabado la novela sobre el verano. Se llama "Memorias del Verano del 99".

Me mira, sorprendido, al ver que su idea ha acabado siendo el título de mi novela. Me despido de él y salgo de la sala. Me voy de los juzgados con un nudo en la garganta y pensando en todo lo que me ha ocurrido durante los dos meses de vacaciones. Me subo a un taxi y le doy la dirección del aeropuerto. Tengo, en dos horas, el vuelo a Londres. Mientras viajo hacia allí, pienso en el pueblo, en los chicos, en Marcos.... Tengo claro que este verano no se me va a olvidar en la vida.



Ana Gimeno 1º BACH